

cios; yo, el presbítero Cipriano Pontolongon he sido el único denunciante.

El justicia guardó silencio, esperando á que se marchase el clérigo.

—Veo que nada tengo que añadir, si no es pidiendo una excusa; porque cuando uno arriesga el pescuezo----- ya me comprendéis----- adios.

—Nos veremos, caballeros, dijo el clérigo y se marchó violentamente.

—Ese hombre es un miserable, caballero.

—Doña Rosalía Treviño, daos á prision, dijo la autoridad con voz solemne.

—Señor, la condesa del Milagro es la depositaria de mi persona, dirigios á ella, que es la única responsable

—Don Manuel de Treviño, daos á prision en nombre del rey.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Insisto, dijo la vieja, en que veais ántes á la condesa.

—Para eso seria necesario que estuviese aquí presente.

—Lo está, dijo la bruja, y echándose atras el manto, se presentó al justicia que ya la conocia.

—La condesa del Milagro! dijo el alcalde.

—Zaida!----- Zaida! murmuró Treviño cubriéndose el rostro con las manos.

—Por esta orden, dijo la condesa, mi casa no puede ser allanada; en consecuencia, podeis, señor justicia, permanecer en ella solo como un buen amigo.

—Es cierto, señora.

—Acompañadme, que tengo algun asunto de importancia que comunicaros.

El alcalde dió el brazo á la condesa, y saludando á Treviño y á su hija salieron seguidos de los soldados, corchetes y alguaciles.

CAPITULO IV.

PRINCIPIO DE UNA VENGANZA.

I.

El inquisidor don Pedro Núñez de Clavijero, agobiado por los tormentos que pesaban sobre su conciencia, habia querido neutralizar las inquietudes de su espíritu lanzándose en el mar agitado de la revolucion.

La gitana le habia pronosticado que moriria á manos del torero Marroquin, y el inquisidor soñaba con la imágen de aquel hombre destinado á ser su verdugo en el porvenir.

Ya hemos dicho que el inquisidor se refugió en el convento del Carmen de Celaya despues de la escena terrible de la Inquisicion, y que allí habia pasado catorce años mortales de austeridad y de penitencia.

La noche en que la bruja lo fué á sacar de su letargo religioso, se improvisó en soldado, y ya lo hemos visto batirse como un desesperado en la toma de Granaditas.

Aquella noche funesta se salvó merced á la casualidad, si-

guiendo los pasos del cura Septiem, que haciendo del Crucifijo de bronce un instrumento de defensa, pudo atravesar entre la multitud y ponerse en salvo.

Clavijero llegó rendido de cansancio á una de las casas que están en los suburbios de Guanajuato.

—Abrid por compasion! gritaba el fraile ya próximo á caer de fatiga.

Un anciano abrió la puerta.

El fraile se entró como seguido por alguien y él mismo cerró la puerta con estrépito.

—Reverendo padre, dijo el anciano, ¿qué os pasa?

—Oh! respondió Clavijero, estoy al perder el juicio, he visto la matanza mas espantosa.... la escena mas sangrienta que pudiera imaginar!....

—En que puedo serviros?

—Dadme hospitalidad, esos monstruos quieren asesinarme!

—Aquí estais seguro, afortunadamente he brindado mi casa á algunos de los soldados del señor cura Hidalgo, y me han prometido guardarla á toda costa.

—Eso es imposible, esos bandidos me van á matar.

—No lo creais, reverendo padre.

—Abrid, abrid, yo voy á buscar refugio á otra parte, aquí estamos vendidos.

—Sosegaos, reverendo padre, os repito que nada hay que temer.

—Ah! fio en vos, dadme algo que beber, mis entrañas se abrasan.... me siento morir!

El viejo le acercó un jarro de vino, que el fraile apuró ansioso.

—Decís que habeis hospedado á algunos insurgentes?

—Sí, reverendo padre.

—Y los conoceis?

—Son antiguos amigos, ya os diré mas tarde quienes son.

—Bien, yo deseo dormir; pero en un rincon de la casa, donde nadie sospeche mi existencia.

—En mi aposento, es lugar seguro.

—Conducidme á él por favor.... dudo que pueda conciliar el sueño, los fantasmas sangrientos que he visto no me dejarán cerrar los ojos.

—Procurad recojeros, ya la noche está muy avanzada.

—Sea, y fio en vos.

El fraile Clavijero se entró en el aposento del viejo, rezó sus oraciones, y su cuerpo cediendo á la fatiga apagó las imágenes del cerebro y durmió profundamente.

II.

Dejamos al torero Marroquin completamente ebrio en la famosa apuesta con el padre Pontolongon, mientras el clérigo se enteraba de los movimientos del ejército que iba á marchar sobre Valladolid en su camino al Monte de las Cruces.

Marroquin se despertó ya muy entrada la noche, y dejando á sus compañeros entregados al sueño, cayendo y levantando se dirigió á su alojamiento.

Llamó á la puerta repetidas veces, y notando que no hacian el menor caso de los golpes dados con tanta furia, se decidió á romper la madera á pedradas.

—Hola! señor Marroquin, no metais ese escándalo, ya podeis pasar.

—Parece que os habiais dormido.

—Sí, y eso consiste en que ya no os esperaba.

—Teneis razon, un amigo me ha hecho beber como un desesperado, pero ya estoy medio bueno y no quise faltar de primera noche.

—Ya sabeis que esta casa es vuestra.

—Gracias, y dejadme, que quiero seguir durmiendo.

—Si algo se os ofrece, estoy en el segundo patio de la casa; porque he cedido mi habitacion y mi cama á uno de los vuestros.

—No importa, si hay novedad os avisaré aunque os escondais en el quinto infierno.

—Buenas noches.

—Pasadla bien, amigo mio.

La embriaguez cuando no ha llegado al embrutecimiento, aviva la idea dominante en el individuo. Marroquin no tenia otro pensamiento que el de la venganza, así es que al encontrarse exaltado por el aguardiente, su imaginacion comenzó á presentarle los fantasmas que hacia tantos años vagaban en su cerebro en esa linterna mágica de sus odios y resentimientos.

El torero puso los brazos sobre la mesa y recargó en ellos su frente ardorosa.

A fuerza de pensar en su venganza su sangre comenzó á hervir en la fermentacion de sus ideas.

—Yo lo he visto, decia rechinando los dientes..... sus ojos espantados han dejado un rayo de luz en mi corazon..... aquel tenia miedo..... yo no le conocia, no, porque el tiempo debe haber maltratado su semblante; pero el corazon me ha dicho que era él..... él á quien he buscado sin cesar, como el objeto de mi odio..... ya le sentia junto á mí, ya me parecia ahogarle entre mis brazos hasta hacerle saltar el corazon..... qué alarido se arrancó de mi pecho!..... me parecia que de sofocarlo perderia la vida..... entre aquel tumulto espantoso y aquellas detonaciones y gritos de agonía, y entre la manga de fuego que alumbraba el recinto de la matanza, se destacó la sombra de aquel hombre..... mi voz dominó el ruido..... sí; porque él se estremeció en una convulsion de pánico horrible!..... Dios mio!..... Dios mio! ¿por qué no le pones en mi mano?

Aquella exclamacion sacrilega llegó á oídos de Clavijero, que despertó sobresaltado.

Levantóse descalzo para poder acechar, se acercó receloso como el tigre y asomó la cabeza para ver quien era aquel desesperado.

En aquel momento, Marroquin dirigia su mirada á las sombras del aposento, y como si Dios hubiera oído su súplica, vió dibujarse claramente entre las tinieblas el rostro demacrado del inquisidor.

Echóse atrás el torero, creyendo que aquella aparicion era una sombra nada mas.

La mirada de Clavijero se cruzó con la de Marroquin, y como si se hubiera congelado quedó estacionada entre los dos.

Levantóse el torero, y el inquisidor impulsado por un instinto sobrehumano, fué avanzando hasta hallarse frente á frente de su enemigo.

—Eres tú! exclamo Marroquin, tú, á quien he pedido al destino tanto tiempo.

—Sí, yo soy, grito el fraile, ¿y que me quieres!

—Tú, Nuñez de Clavijero el inquisidor!

—Sí, yo, que he llevado á la hoguera á cien herejes, yo que combato por la fé y que he huido de vuestras manos!

Aquel hombre que trémulo y cobarde habia pedido auxilio en aquella casa, se trasformaba súbitamente en un ser valiente y atrevido.

—Miserable fraile! gritó el torero, tú crees que voy á luchar contigo porque tu bandera es distinta de la mia..... te engañas!..

—Sea lo que fuere estoy dispuesto á todo!

—Tú no debes recordar, porque tus víctimas son incontables, que hubo una que al espirar en el tormento evocó al genio de la venganza y comunicó su aliento á su hijo que presenciaba aquella escena de tigres.

El fraile echó para atrás su cabeza, con las manos crispadas levantó el cabello de su cerquillo, abrió la boca y apenas pudo balbutir estas palabras:

—Tú---- tú---- Marroquin!

—Sí, me has conocido al fin! dijo con una alegría salvaje el torero; sí, soy el hijo de tu víctima que sigue tus pasos día á día durante catorce años---- yo los olvido con todas mis angustias!---- las trueco por este momento de satisfaccion sangrienta; porque tú vas á morir como un miserable; porque yo he jurado beberte la sangre y---- la beberé para apagar la sed que ha calcinado mi pecho y mi corazon!

—Marroquin, perdóname!

—No, esa palabra no sonó en tu labio, ni mi padre la evocó; porque tú no hubieras tenido compasion de nosotros!

—Yo no le conocia!

—Y qué importa?---- él no estaba manchado por el crimen, tú obedeciste á una orden, verdugo de inocentes, y le mataste---- sí, le mataste sin compasion---- pero yo estaba ahí, yo te veía, te acechaba entre las tinieblas---- ya estamos frente á frente---- yo debia matarte sin lucha, sin combate, como tú lo hiciste aquella noche; pero se necesitaria que fuera tan infame como tú!---- yo no quiero el asesinato, ese no me satisfaria---- yo quiero oponer mi corazon á los golpes de tu puñal---- quiero librar mi vida---- perderla si es mi destino!

—Compasion, Marroquin!

—Te veo tan pequeño, gritaba el jóven, que me parece que voy á pulverizarte con mi aliento---- levanta, miserable, levanta y defiéndete porque vas á morir.

Clavijero vió lo imposible que era contener la ira desbordada de Marroquin, y se decidió á morir defendiéndose.

—Sea, de una vez para siempre; espera, dijo el fraile, y entró corriendo en su estancia, volviendo inmediatamente armado, donde el torero lo esperaba para combatir en un duelo á muerte.

III.

Marroquin dió vuelta á la llave, dejando la pieza incomunicada con el resto de la casa.

El fraile y el torero se encontraron frente á frente armados de puñales, y viéndose de hito en hito como dos leones de la Getulia.

Marroquin arrojó de sí el sombrero como en el estadio cuando combatia con las fieras.

El inquisidor habia recobrado por completo una serenidad siniestra y espantosa: sus facciones estaban mas pronunciadas, su frente pálida y sus ojos brillantes como la luz de las luciérnagas.

El torero presentaba el contraste perfecto: rojo como un apoplético, el cabello sobre el rostro, la mirada oscura, los labios convulsos y el pecho aspirando con dificultad.

Núñez de Clavijero tenia el valor inaudito de los cobardes en su hora de decision.

Aquella era una chispa, que de prolongarse, era la sentencia de muerte de Marroquin.

Una candileja con una llama oscilante, alumbraba con sus amortiguados destellos aquella escena terrible.

Los adversarios habian enmudecido: ni un insulto, ni una palabra, nada se oia sino la respiracion trabajosa de aquellos desgraciados.

Detuviéronse un momento frente á frente esperando á su vez ser atacados: ambos recelaban el ataque, querian aprovechar los lances de la defensa.

El torero creia segura la victoria, y en efecto todas las probabilidades estaban en su favor: él era el ofendido y el mas fuerte, es decir, la fuerza fisica y moral estaban de su parte, y no podia dudarse del éxito.

El inquisidor sabia que la lucha era decisiva, que estaba colocado en los extremos de *matar ó morir*.

Esta situacion tan tirante habia despertado en el alma miserable del inquisidor una reaccion desesperada, violenta y terrible.

Esos seres que han pasado su vida sin tocar una arma y horrorizándose de los combates y espantándose de la sangre, cuando se acuerdan que hay algo dentro de ellos que los eleva y los pone al nivel de los demas hombres, adquieren como por inspiracion un valor desconocido que tiene el temple de la muerte.

Núñez de Clavijero estaba en *su hora*.

El torero no pudo contenerse al aspecto de aquel hombre á quien aborrecia, y repentinamente y con el acecho intencionado del tigre se lanzó sobre el inquisidor esgrimiendo un puñal.

Clavijero se arrastró por el suelo con una agilidad sorprendente y esquivó el golpe de su adversario.

El torero bramó de coraje y buscó por segunda vez á su enemigo.

Entónces el fraile esperó de firme; pero Marroquin en su desviamiento del brazo clavó el puñal en la parte superior del brazo de su adversario.

La sangre comenzó á correr por el cuerpo de Clavijero.

El olor de aquella sangre, el dolor y la perspectiva de una muerte cercana, lo convirtieron en una fiera, blandió el puñal que brilló siniestramente al amortiguado fulgor de la lamparilla y con la punta buscó el corazon de Marroquin.

Tomó por el cuello al torero, que al sentir la asfixia momentánea perdió un tanto el movimiento, y sepultó el arma en el costado del jóven, que cayó en el suelo lanzando un ronquido sordo y estentóreo.

—Lo he matado! exclamó el fraile, he concluido con ese miserable---- mi brazo era fuerte---- yo no sabia que era capaz de tanto---- ahora ya estoy en el mar sonante de la revolucion---- me he perdido!---- me he perdido!-----

El fraile se estremecia al posar su planta en aquel lago de sangre.

—He contrariado mi destino, continuaba, viendo al torero exánime sobre las losas; tú, tú has querido arrebatarme mi existencia, beber mi sangre---- y yo, yo soy el que he vertido la tuya---- me sacaste de las sombras del convento para arrastrarme al abismo que te habia de tragar---- ya estaba escrito!

Vendóse despues el brazo, cuya sangre se habia coagulado, calóse la mortaja, escondió su cabeza en la capucha, dió una última mirada al torero y se escurrió á lo largo de la calle, huyendo del tumulto cuyo clamoreo sonaba en el lado opuesto de la ciudad.

IV.

El dueño de la casa habia oido las voces del fraile y del torero, é impulsado por la curiosidad se puso á acechar por la ceradura en los momentos en que Clavijero salia de la casa.

Entróse y se detuvo á observar al torero, le puso la mano sobre el corazon y sintió que aun palpitaba; entónces despedazó una sábana y ciñó el cuerpo de Marroquin.

Estaba entretenido en esa operacion, cuando Saca-vueltas y sus amigos entraron al aposento.

—Qué pasa? dijo el torero, viendo á Marroquin bañado en sangre.

—Señores, acaba de ser herido este mozo por un desconocido.

—Eres tú, gritó Saca-vueltas hecho un furioso, tú, quien lo ha matado!

El anciano palideció.

—Tú eres realista, miserable!

—Juro á mil cruces, que yo no he sido.

—Vas á m rir!

—Muera!

—Muera! gritaron los insurgentes.

—Por compasion, señores, yo no he sido! un fraile á quien dí hospedaje tuvo una reyerta con el señor Marroquin, habia cerrado la puerta y yo no pude impedirlo.

—Mientes! gritó Saca-vueltas, y puso mano á su puñal.

Arrodillóse el pobre hombre, y suplicante y lloroso pedía misericordia.

Lino el mulato, que era un asesino de primera fuerza, se presentó en la escena precisamente cuando su presencia era la fatalidad.

—Qué pasa con ese viejo?

—Que acaba de matar á Marroquin.

—Vive todavía? preguntó el mulato con ira.

—Ya le voy á despachar, contestó Saca-vueltas.

—Yo soy primero, dijo Lino, y disparó una pistola dragona sobre la frente del anciano, que cayó muerto instantáneamente.

Marroquin abrió los ojos, y vió el espectáculo sangriento.

—Lino..... Lino!..... murmuró el torero, te has equivocado..... no fué él.....

—Demonio! ¿pues quién ha osado?.....

—El inquisidor..... Clavijero.

—Veinte mil bombas! exclamó Saca-vueltas, y haber despachado á ese vejete!..... es necesario cubrir las apariencias, vamos, pero pronto, llevaos al herido y peguemos fuego á la casa.

Los insurgentes arrimaron la lamparilla al tule de las sillas y comenzó el incendio.

—Ahora, dijo el torero, corre de cuenta de las llamas acabar con todo; marchémonos y pongamos en salvo á Marroquin.

Los insurgentes cargaron al torero, que estaba mortalmente herido.

Una patrulla pasaba por la calle y detuvo á la camarilla.

—Dónde van?

—A llevar á este jefe, que lo han tratado de asesinar los realistas.

—Malditos sean!

—Ya nos hemos vengado, la casa del asesino está ardiendo.

—Muy bien hecho, márchense y curar á ese hombre.

Estos acontecimientos pasaban la noche del asalto de Granaditas, motivando que nuestros personajes no asistieran á la memorable batalla de las Cruces.